

No hermanos míos: Alejemos de nosotros males tan sin tamaño. La paz, la union hagan nuestra suerte siempre feliz y constante. No dudo que el que fuere religioso ha de aspirar á ella; que el vasallo fiel se prestará gustoso; que el honrado no se ha de negar; que el generoso sin violencia cederá; que el prudente para cooperar, no se detendrá en voces populares, ni en pruritos pueriles; que el esforzado y de valor, si es racional no se obstinará en sostener su partido por manifestar ánimo; pero aun el que cuide únicamente de su propia comodidad, y se haya constituido un fino egoísta, con la comparacion formada de uno y otro estado, de-

be preferir la paz á todas sus otras medidas.

Empeñémonos, pues, esforcémonos con toda diligencia nuestros arbitrios, para que se nos restituya ese bien, cuyo valor aun no es conocido, ese don preciosísimo que la divina Providencia por singular gracia nos habia dispensado, pues la paz trae consigo los bienes mas amables ó interesantes: sola ella puede proporcionar en la vida las verdaderas delicias; y por el contrario la discordia es origen de los mas graves males: paralelo que no dexa dudar en la eleccion. México y Octubre 8 de 1810.—  
*Lic. Mariano Primo de Rivera.*

## NUMERO 140.

Reflexiones del Lic. D. Fernando Fernandez de San Salvador, asesor de la intendencia.

### REFLEXIONES

*Del patriota americano Lic. D. Fernando Fernandez de San Salvador. Asesor ordinario por S. M. de esta Intendencia.*

¿Somos racionales sensatos, ó queremos perder el juicio tocados de un mal como el de la rabia, que enfurece y trastorna, haciendonos embestir y desconocer unos á otros? ¿Qué tiempos tan desventurados! ¿Donde cabremos dentro de poco? ¿Es creible que en este reyno inmenso no encontremos un pedazo de tierra donde con quietud vivamos? No tenemos peste ni calamidades, porque la misericordia de Dios es pródiga para beneficiarnos, y cuida de que subsistamos con abundancia los que habitamos las tierras de Indias de todas clases y estados; por que si S. M. ha enviado como al efugio á los europeos, de quienes dimanamos, y con quienes estamos encadenados, por donde quiera que

nos vemos, ¿qué mas dicha podiamos recibir de la predileccion de Dios; que la de darles hospedage, cumpliendo con los sentimientos de nuestra religion, que nos obliga á querer de todo corazon á los de nuestra especie, baxo la pena de condenarse el que así no lo haga: *amarás á tu próximo como á tí mismo?*

¡Ah! ¿Qué confusion y qué dolor! ¿Qué diriamos de los turcos ó los moros, si supiésemos, que por desechar á sus parientes y hermanos, ellos entre sí se despedazaban, acabando con sus personas, con sus bienes y familias, y declarándose unos con otros sangrienta guerra para buscar con aceleracion su muerte, como si la vida valiera lo que la de un cerdo, por no continuar baxo el sistema y orden en que desde su establecimiento habian vivido, ó por quererlo con tropelia y sin meditacion innovar? Aun esta comparacion es desigual, porque estos son animales criados con ese destino, y sin embargo á los no acostumbrados á verter sangre,

les causa natural compasion verles quitar la vida.

No me entiendo: siempre mis talentos han sido escasos; pero hoy me encuentro sin quietud para un razonable discurso. Los indianos (en que se incluyen los españoles, de quienes nos derivamos, ó con quienes nos enlazó Dios y la sangre con tanta inmediacion como la del hijo respecto del padre, ó la del hermano respecto del otro hermano) hemos sido y debemos ser los felices, señoreándonos justamente en el pais de prosperidad. ¿Qué nos falta ni podemos temer? Reyno mas espacioso: ¿quien lo ocupa? sobra mundo, y falta gente. ¿Pues qué nos incomoda y nos perturba? La irracionalidad, la falta de uso de nuestros conocimientos, y la ambicion loca y precipitada. ¿Si me engañaré yo en esta inteligencia? Puede ser; pero ella pende del conocimiento de que aun los animales criados en el campo, sin motivo no se ofenden unos á otros.

Subsistir podemos todos con incomparables ventajas en el reyno, porque Dios ha proporcionado en él quantos arbitrios y recursos se pueden desear: á lo ménos el que quiera respectivamente disfrutarlo, no puede quejarse con justicia. ¿Qué millones de sitios no están por poblar y por cultivar? ¿Qué ciencias hay ó qué artefactos que no sean susceptibles de nuestra diligencia? ¿Y nos pesaría de que nuestros hermanos por estado, religion y costumbres, se multiplicasen para cultivar los campos, y para instruir á estos habitantes en sus oficios, de modo que sin acudir á otras manos tuviésemos en nuestra tierra quanto apeteciéramos para nuestra comodidad ó nuestro luxo? ¿Quien podrá negarlo, sin hacer traicion, ó faltar sin provecho á la verdad? Se pueden deslumbrar, los que no se detengan como es necesario á proporcion de la empresa, regulando su paradero, para calificar cada uno si le conviene mas el camino de la insubordinacion que el de la union, con el fanatismo de reformar el reyno y de mejorar de suerte ellos y sus sucesores. ¿Qué composicion halagüeña tan aparente y tan falsa! Méno dura que la imaginacion ó el pensamiento de lograrla, y al fin volveria á quedar en el estado en que se halla con los bien librados, y

en nada con los que perecieron en su busca. ¡Qué delirio! ¡Qué ceguedad! Si cupiera en unos rústicos, que no entráran en razon por no ser capaces, algun lugar se haria la disculpa; pero que los que tratan siquiera con gentes se propongan estas esperanzas tan inciertas y pasageras, es candor ó tiranía, y conveniencia de justicia y de política quitar la causa para que no cundan y se propaguen sus malignos efectos.

A nadie defendiendo yo, hablo por mí, y deseo que todos se defiendan solos, haciendo su composicion, sin otro miramiento que el de su conveniencia particular: Dexemos salvo el interés vivificante y lisongerísimo de nuestro mas desgraciado y amado Soberano el Sr. D. FERNANDO VII, cuya memoria será en todos los siglos venerada: Dexémosle (repito) su trono, que siempre se debe considerar immaculado, y vamos á hacer cuentas unos con otros, para ver sin mas que nuestros ojos y sentimientos, la que nos sale mejor, para solo cuidar de nuestras personas.

Locura cruel ha sido y será siempre herir á sangre fria; porque naturalmente se resiste el hombre á ofender á quien no le daña: El leon es el príncipe de las fieras, y se aplaude su nobleza porque guarda paz con quien no le perturba ni incomoda. ¿Y nosotros hemos de ser tan infelices, que le excedamos en nuestra conducta, conmoviéndonos unos contra otros? ¿Qué desdicha! ¿Qué calamidad es la que Satanás pretende introducir, para trastornarnos y confundirnos en nuestra propia inconstancia y debilidad!

Vuelvo á decir que yo solo quiero, que cada uno entre á hacer las cuentas para sí mismo: Ya rompieron tres impremeditados el nombre por nuestra desgracia, trocándose de hombres regularmente condecorados y apreciados de la república, en homicidas cruelesísimos y públicos ladrones. ¡Qué buen principio! Vamos á matar á el vecino, por quitarle el pan que Dios le ha dado; despues se seguirá violar matrimonios y á las doncellas y mugeres honestas, con riesgo de que los agraviados, adoloridos, los envíen á los infiernos en el primer acto ó encuentro. ¿Qué alivio, y que ventaja resultará á las ca-

sas que así destruyan los mismos perturbadores del buen orden? ¿Se sigue? ¿O se dexa su partido? Uno de estos medios es forzoso: Estando al primero, yendo con la turba de los ciegos, los que tengan esta animosidad, en el mero hecho de su resolucion los detesta la santa Iglesia, y por las leyes civiles se condenan á la pena de muerte, y de perpetua infamia, triunfando, y tal vez sin triunfar, como debe, el partido de la buena causa, que es la de la hermandad y la inocencia, porque travándose la guerra, tan expuesto vá el que la hace por una parte, como el que lo contraresta, y á el que perezca en la refriega, vencida ésta, se le sigue responder executivamente del delito: y como éste se contrae con el hecho de arrimarse á el concurso de los sublevados, quando no en la batalla, en su pérdida, el éxito es la muerte, de que nadie se repara: ¡Desdichados hombres! ¡Qué mayor felicidad pudieran temer! ¿Y que sean tan insensatos, que preservándolos Dios por gracia particular, ellos se busquen su mal agitándose para el precipicio? ¿Qué diríamos de el que estando en regular estado, ó abatido, subiese á la azotea de su casa para arrojarse desde ella? Que estaba loco, ó desesperado. ¡Pues de estas reflexiones saque cada qual la consecuencia que le convenga!

Allende y sus aliados no han empezado su hostilidad contra los gachupines, ni por mejorar la Patria: Solo una rudeza brutal puede confundir á los hombres de todas clases, para que no conozcan que á lo que llaman es á pelear contra nosotros mismos, contra nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros hijos, en una palabra, quieren que nos destruyamos por nuestra mano, entregándonos á la continua zozobra, y á la inquietud mas peligrosa y molesta. ¿A qué aspira cada uno en el mundo? A tener honor y subsistir regular, ó frugalmente; ¿Y esto se conseguirá por los incautos que sin meditacion sigan el partido revolucionario, ó no se separen de él, advertido con su propio desengaño el yerro? El que sin mas razon que la de seguir el bullicio, pensando que vá á adelantar, se agrega á los revolucionarios, en el momento comienza á perder, porque desampara á su muger y á sus hijos, ó su quietud quando

ménos, metiéndose en los peligros; y despues de hecho, reconociéndose cubierto de crímenes, y con la cruel nota de infiel, no se atreve ó se avergüenza de volver á su casa: Aunque gane, es apariencia, porque lo robado sabemos que hay que restituirlo, y la cola del delito la queda arrastrando él y su familia entera. Con que si á esto se añade el riesgo inminentísimo de que lo maten ó lo ahorquen, ¿quando y como se consuela y resarcen los perjuicios efectivos de su violencia y calentamiento él y su pobre muger ó sus tiernos hijos? Luego los que han de padecer de contado infalible y seguramente, son los que se unan con esos sediciosos que lo que ofrecen son inquietudes lastimosas, efusion de sangre, transtorno de los bienes y familias, quebrantamiento de los mandamientos de Dios, y pérdida la opinion de cada uno ó de su vida.

Desengañémonos, y creamos, que á lo que se nos convida, es á entregarnos á la impiedad, sin meditacion y por nuestra mano, como si á alguno dañara estar en paz, con sus trabajos ó sus satisfacciones, y quieto con su vida. ¿A quantos resucitará Allende? ¿Y en qué términos se subsanarán estos perjuicios? ¿O como se compondrán los que por acompañarlo, dexaron sus tiendas, sus ranchos ó sus ganados, y se encuentren al volver sin ellas, sin crédito, perseguidos de la Justicia, valdados, y sin muger, hermanas ó hijas, porque habiéndolas desamparado, las obligaron á prostituirse, ó las dexaron á sufrir semejantes inclemencias? ¿Y esto será justo? ¿Esta será cordura? ¿Así veremos por nosotros y por la Patria? Pues agréguese á lo dicho la abominacion divina y humana; la fulminacion de censuras, la exêcracion y la maldicion que los ha de aterrar, y la zozobra y el subsidio con que andarán y vivirán, recordando en su interior cada uno de los robos, y las muertes que hizo, sin mas fin que el de dañar á su próximo: porque los otros lisongeros que en lo pronto se figuraron estan tan altos como las estrellas, y no los verán los nacidos, ó si los ven, sus bisnietos, que es imposible, estos ni han de volver al mundo al que hoy perezca, ni le han de sacar del infierno, si á él ha ido en ese estado. ¿Y qué esta se llame conveniencia?

¿Y qué los racionales no vean estos peligros, que les certifican que esos borrones de la fidelísima América, los convidan á una perdicion, y á un llanto eterno? La pobre viuda, las hermanas y los hijos huérfanos ¿de qué modo se consolarán, una vez perdida la opinion, y habiendo acabado infamemente el padre ó el marido, porque incautos y alucinados, no quisieron distinguir el bien del mal, teniendolo á sus ojos? En tiempo estan aún los que andan en el bullicio, de retirarse con sagacidad, arrepiñtiéndose como el pecador para salvarse.

Ofrecerse á campaña para esos riesgos es virtud, gloria, y honor de cada uno siendo inexcusables, como sucede quando se va á defender á Dios, al Rey y á la patria, en cuyo caso no estábamos; pero Allende, y sus secuaces nos han puesto en él, porque la religion, si en alguna parte reyna hoy es en la América, donde el Rey mas amado no tiene otros estados de seguridad que los que le conservemos baxo su legislacion, como lo hemos jurado, y lo queremos hacer cada uno de todo corazon, y la patria, no estando acometida por extrangeros, que nos la quieran quitar, debe creerse y juzgarse en el propio estado de inminidad en que está nuestra religion y nuestro Soberano. ¿Pues qué es lo que nos inquieta y alborota? ¿Por qué estando sin mayores cuidados personales en nuestras casas, con las pobreza ó con las comodides que Dios nos ha dado, nos hemos de alamar unos vecinos contra otros, los hermanos contra los hermanos, los sacerdotes contra los sacerdotes, y los sobrinos contra los tios, ó los hijos contra sus padres y abuelos, del mismo modo que si fuéramos á defender y ofender, acometidos de los franceses, ó de homicidas que nos quisieran robar? ¿Porqué nos hemos de angustiar y cubrir de melancolia y amargura, porque esos tres cabecillas hayan querido conjurar contra nosotros las maledicencias con tantos males incalacuales? No seamos locos y tiranos de nuestras familias y personas, por no discurrir un instante con racionalidad.

Razon de justicia ó política no la hay, para el odio que Hidalgo, Allende y Aldama han declarado á los europeos, aunque no fueran sus

inmediatos descendientes ó sus causantes los que rescataron para Dios este reyno; y así qualquiera que los imite pública ó secretamente, comienza faltando á la ley de Dios, que no se muda aunque el mundo se varie de un extremo á otro: siempre nos obliga á amar á nuestros próximos. ¿Y como compondrá cada uno este precepto, con ese odio, prescindiendo de que sea mal ó bien fundado? ¿Y qual será la suerte eterna del que muera con estos sentimientos y con esta disposicion? Si hay algunos tan desalmados que se arrojen á seguirlos sin entrar en estas consideraciones, estos no deben esperar felicidad, ni numerarse entre los hombres cristianos, porque no lo son, ni pueden serlo. La detestacion ó aborrecimiento de los europeos, como si fueran enemigos, es tan tirano y repugnante, como lo seria para con nosotros el suyo: esta generalidad (que no puede oirse en boca de sensatos) es tan impia y tan erronea como la de decir, que el soldado por soldado es malo, y el frayle por frayle bueno: pues bien puede ser lo contrario, ó serlo igualmente el uno que el otro; porque así como el trage no da la virtud y las costumbres, tampoco el suelo, sin cuyo conocimiento no nos enlazáramos como de una familia y sociedad: prescindiendo de que no puede aprobarse en ningun fuero moral ó político. ¿Qué mal nos hacen con venir á esta tierra, que reconocen por patria desde la conquista, con estrechos vínculos que no sunen? Si nosotros hicieramos otro tanto con la Inglaterra, ó algunas otras islas, uniéndolas á este reyno baxo el propio dominio y gobierno, y este se desorganizara por qualquier acontecimiento, ¿seria correspondencia cristiana, que yendo á efugiarnos para conservar nuestra libertad y religion, por tener allí nuestros hermanos, nuestros hijos y paisanos, se volvieran contra nosotros matándonos sin ofenderlos, porque no eramos nacidos materialmente en aquel suelo? No hemos hecho aquí otro tanto con los franceses para lanzarlos del reyno, siendo nuestros capitales enemigos, y tan atroces los motivos que nos obligan á detestarlos. ¿Pues porqué hemos de desconocer á los españoles quando se acogen á nosotros huyendo de la aflixion? A qualquiera vecinos con quienes

hubiésemos guardado alianza y armonía, les deberíamos dar la entrada por proximidad y hospitalidad: ¿pues qué esos impíos quieren quitar hasta el uso de ella á toda la nación americana, oscureciendo y desacreditando su fidelidad? ¿No suspiramos de corazón, lastimándonos de que nuestro Rey el Sr. D. FERNANDO VII con toda su Real familia no hubiese transplantádose á este reyno para introducirlo en nuestros hombros por dicha, y erigirle palacios de plata, donde fuese la emulación de los Soberanos? ¿Pues como á sus hijos y vasallos españoles, que le lloran y padecen por su causa, se les trata de desterrar, ó de extinguir, como si traxeran en el accidente de la patria la mas horrenda infamia, ó como si sus hijos y mugeres no fueran patrios nacidos en este suelo? ¡Qué ceguera! Vuélvanse los ojos á las primeras víctimas, y no habrá corazón bastante para compadecerse y llorarlas. ¿Pues qué será cuando nos alcancen de uno á otro á todos; cuando no se escape el español por español, ni el indio por indio?

¡Escandaliza y confunde que así piensen los cristianos! Supóngase que vienen por cientos ó millares europeos á establecerse en las Américas: ¿por eso se nos sigue daño? no le comprendo; porque veo que todavía las Indias forman un dilatado reyno inculto y por poblar, donde pudieran trasladarse quantos españoles componen la península, ó reyno antiguo de España, y quedar todavía tierras sobrantes: si se multiplican los vecinos, se multiplicarán tambien los eclesiásticos, los labradores, los artesanos y los empleados, y la misma hermandad con que los admitamos, nos prosperará reciprocamente, porque nos bendecirá Dios, como que obramos segun sus leyes y mandamientos, haciéndonos dignos de su proteccion misericordiosa; y por el contrario, desviándonos de esta conducta desde el principio de la revolucion, comenzaremos á padecer los males apuntados, sin que sepamos quien librára, y en qué términos, porque el que escape la vida, despues de haber andado en tráfigos y sobresaltos, es incapaz que adivine la suerte que le cabrá, ni el estado en que volverá á ver á su pobre familia descarriada, habiéndola con su extravío reducido á indecibles calamidades.

Lo que quieren el cura Hidalgo, Allende y Aldama, es que sus paisanos y parientes españoles, no tengan propiedad en ninguna parte del mundo, haciéndolos tan infelices como á los judíos, porque en su patria le falta acogida, respecto á que la ha usurpado y ocupado el monstruo de los tiranos Napoleon con la numerosa turba que forma su imperio; porque en Francia y sus reynos agregados por medio del robo y del homicidio, tampoco pueden estar sin ser sus esclavos; porque en Inglaterra, ó no cabrán por su número, ó tendrán otras consideraciones por sus familias, y porque para ir á los Estados-Unidos, á otras provincias, pulsarán con juicio iguales reparos, juntos con el de que ellas por su naturaleza no sean susceptibles de proporcionarles con su trabajo y su industria el remedio.

A vista de esto: si se transforma este reyno por el orden comenzado, inundándolo en las plagas del derramamiento de sangre, sin otro motivo que el de esa repugnancia, que aunque domine los corazones de Hidalgo, Allende y Aldama, se engañan los que la crean general, por ser singularísima, como sugerida por el demonio á unos hombres que no usan de su entendimiento, ó no lo tienen en sí. ¿Qué vergonzoso y sensible no sería para los que de nosotros quedásemos, el oír y saber que los pobres españoles emigrantes se habian efugiado y los habian admitido con amor y buena voluntad en las provincias de Lima, en las de Mérida y Campeche, en la de Santa Fé y en todas las demas que como esta pertenecen en Indias á la Corona de España? Nosotros no hemos pensado separarnos de esta, ni lo permita Dios: la mantenemos y veneramos por el orden que nuestras leyes han establecido, y estamos pendientes de los sucesos que no se pueden calcular; pero aunque sucediera que no hubiese quedado ya la mas mínima parte que no hubiese ocupado el francés en España, en ese caso se trasladaria el gobierno monárquico en la propia forma legal que se ha establecido: Luego con estos discursos y reflexiones naturales nos debemos desengañar y persuadir, de que no hay mas bien espiritual y temporal que el de la union fraternal en que hemos estado,

como derivados de los españoles, ó como hermanados con ellos en clase de ciudadanos y de vasallos.

Conózcase en tiempo, que la violencia siempre ha causado estragos tan grandes, como sus fines, con circunstancia de que por lo comun, los que lo emprenden no llegan á lograrlos, por ser los primeros que se aventuran á los riesgos, al odio y oposicion de los perseguidos; y como los que los acompañan se acostumbran al robo y al homicidio, los ejercitan en los propios que tienen por compañeros y caudillos, haciéndolo muchas veces por quitarles el triunfo de las manos, como sucederia con estos desgraciados, que se han convertido en blanco de la infamia y de la tiranía, porque nunca pueden progresar hasta vencer segun su pensamiento; y quando estuvieran cerca, ¿quantos de los que los rodean, adulan y fomentan sus ideas, se desvelarian por matarlos y quitarlos del medio para lograr el puesto á que ellos aspiran? ¿Quién pensaria en Francia á los principios de su revolucion, que un extranjero de vilísimo nacimiento habia de subrogarse en el trono de su legítimo Soberano Luis XVI, quando lo que se propusieron fué no tener Rey? ¿Y quantos años llevan de perpetua guerra hechos el escándalo del mundo, sin religion, sin contar con su vida cada uno, sin otro instituto ni otro oficio principal que el de matar y robar? ¿Y sucederia menos con el reyno de Indias siguiendo los pensamientos de esos desalmados? ¿Y porque ellos se han aturdido y prevaricado, nos hemos de aturdir todos, poniéndonos en convulsion general? Que lo hagamos en defensa porque nos obligan, justo es y necesario, porque entónces no se busca, sino que se resiste el mal.

En otra forma ¿qual es nuestra racionalidad? ¿Como nos hemos de numerar entre la gente culta y cristiana? ¿Qué ya desesperamos en quanto á nuestra conservacion personal y la de nuestras familias? Pues toda esta ceguera se necesita para imitar á esos impíos, que no merecen el título de hombres, porque no es racional el que abomina en esos términos á sus iguales. ¿Qué dolor no causa la zozobra en que traen los vecindarios esas maquinaciones! En-

tre cada uno en la concideracion de ellas: repentinamente pasa de uno á otro la voz indisplicente y sorda, de que en este lugar ó en el otro va á haber sublevacion, porque los que debian dormir quietos, dando á Dios gracias por librarlos de la guerra, que es el mayor mal, proyectan abrirla unos contra otros segun sus miras y fanatismo, y con esta zizaña de algunos emisarios ocultos de Napoleon, empiezan á verse con cierta desconfianza, que va adelgazando y tira á romper los lazos nobles de nuestra hermandad: Desde aqui comienza la fatalidad, porque unos y otros consideran con sentimiento irremediable que traen un sanbenito, ó una afrenta en su nacimiento, que es quanto de la tirania puede ponderarse, porque así como el amor por natural correspondencia produce amor, así un odio engendra otro, y no conservando el vínculo de la sincera cordial hermandad, ó consintiéndolo y aumentándolo, á mas de no ser dignos de absolucion sin detestarlo, forzosamente se seguirian las mortales plagas de la oposicion reciproca, porque nadie elige patria, como tampoco padre, y porque á cada uno lo hacen bueno ó despreciable sus obras, sin que el juicio de algunos se forman de cortar males ó traer conveniencias, justifique este acaloramiento, ni esta festinacion; porque los males, quando los hay, no se remedian en un dia; porque para hacerlo es cordura representarlos antes; y porque muchos no lo son en su fondo y realidad, y debemos considerar la angustia en que está la Monarquía, y la que padecen los infelices españoles, saliendo errantes de su patria, donde han perdido sus colocaciones, sus bienes y sus familias por ella y por la religion, en cuya defensa hemos sido interesados, sin habernos puesto á resistir las balas, ni á dexar nuestras casas, padres ó hijos.

Serénense los espíritus con la confianza de que esa su prudencia y espera, es nuevo mérito que recomienda á los indios, convirtiéndolos en redentores de las angustias de los españoles, y aplicada un poco la borrasca, su gratitud y justicia nos seguirán prosperando. ¿A que van y son llamados nuestros zelosos propectos y literatos diputados? ¿Pues porqué la festinacion tumultuaria ha de privar á los ame-

ricanos de la felicidad que tienen próxima, sin derramar sangre, ni degradar su antiguo y acrisolado mérito? A lo menos no debemos desconfiar ni atropellar entretanto los medios, queriendo que la precipitacion y los brazos remedien lo que la razon sin estrépito puede reparar; porque igual obligacion tenemos de acreditar nuestra hermandad que los Españoles, de ratificárnosla con testimonios prácticos que la hagan sensible á todo el mundo; porque la gravedad de la Monarquía, nunca permite que sus ofertas queden en el ayre, y antes bien las adelanta para hacerlas resplandecer: No hay que cegarse, ¿qué se consigue con dexar á la familia y matar al vecino ó provocarlo á que mate al que le intente dañar? Cada uno hemos de dexar las negociaciones de que pendemos, por el comercio, por la agricultura ó por la oficina, y hemos de empezar á cometer con nuestras vidas, y con las de nuestras mugeres é hijos, haciéndolas víctimas del luto, de la miseria y del llanto, sin contar una hora de sosiego; porque por muy venturoso se tendrá el que mate en un dia quatro ó cinco de sus hermanos, sin que por eso él quede asegurado. No hay delito mas abominado á Dios que el del homicidio, por lo que si esta se llama ventura, ¿qual será la de los que lo padecen? Y á ese mismo valiente ú afortunado ¿quien lo libertará de los restantes peligros? ¿Qué noche dormirá sin temor? ¿y en qué parage no le perseguirá como su sombra? ¿Quales serán sus sustos y sus reflexiones quando entre las tinieblas de la noche y en los sueños se le representen los cadáveres que con impiedad hizo? ¿y qual su confusion y su horror quando vuelva la vista á la lastimosa viuda y á sus hijos, viéndolos mendigar sin mas delito que el de no haber escogido suelo, y sus padres el de haberse sutilizado en América la tirania hasta el grado de figurarle en la aprehension insulsa y necia de ser criollo ó gachupin?

Obre la cordura humana, para detestar y

posponer todo entusiasmo quimérico, y hagámonos de fiel resolucion para mantener el orden en qué hemos nacido, uniéndonos con ella á la buena causa, que es la de rechazar á los invasores á todo trance y á toda costa hasta reponer este precioso estado á la quietud honesta y buena armonía en que hasta ahora nos hemos mantenido. ¿Que sensacion no debe hacer en nuestras almas el bullicio militar con que instantaneamente van perturbando Alende y sus secuaces? Es quanto se puede ponderar de la desdicha, verse en necesidad de tomar las armas en un reyno donde solo podian servir quando una nacion contraria tratara de sorprehendernos; pero ya nos amenaza la mano de los revolucionarios, y es indispensable que los vasallos fieles se prevengan para la defensa y el castigo, porque dexándose llevar de vulgaridades impremeditadas, ni el reyno se podrá decir conservado para su legítimo dueño el Señor DON FERNANDO VII, ni calcularse las consecuencias ni los estragos: y tomando una vez cuerpo la anarquía y el desorden, no nos entenderemos en nuestros dias, todos andaremos confundidos entre la pobreza y el llanto, tropezando á cada paso con distintos partidos y gobiernos, que nos hagan huir de los otros hombres como de fieras ponzoñosas, y temer hasta en los espesos montes sus asaltos.

Rectifiquense por mejor ingenio estos discursos, que en obsequio de la justicia se han hecho, y en servicio de ambas Magestades y del Estado, quedándole á su autor el sentimiento de no haberles podido dar por su limitacion la energía que merecen para introducir las en los corazones con irrevocable firmeza, amándonos con ella y protegiéndonos mutuamente sin la detestable quimérica diferencia, que no hay de origen ó suelo, por ser de un solo comun Soberano en cuyo conocimiento consiste la verdadera union y el fundamento de las prosperidades. México 10 de Octubre de 1810.

—Lic. Fernando Fernandcz de S. Salvador.

## NUMERO 141.

### Exhortacion de un individuo del colegio de abogados.

#### EXHORTACION.

*Que á los habitantes de Mexico hace un individuo del Ilustre Colegio de abogados, relator de esta Real Audiencia.*

Paisanos americanos, hermanos europeos, amigos, compañeros, habitantes de México: muchas veces habeis oido las voces mas enérgicas, los discursos mas eloqüentes, los clamores mas suaves, con que las autoridades respetables, los prelados zelosos, los ministros del santuario os han demostrado los indecibles males á que arrastra la division, y los imponderables bienes á que lleva la union y fraternidad. Se os ha hecho ver que la gloria de la nacion: que la libertad de vuestros bienes, posesiones, familias y personas: que el triunfo cierto sobre el orgullo, la ambicion y soberbia: que la exaltacion de nuestra santa religion en todo su esplendor y gloria: que el reconocimiento del augusto nombre de Dios: que el deseado momento de la restitucion á su trono del mas amado de los Monarcas: que el descanso de la cabeza visible de la Iglesia: que todo es cúmulo de felicidades apoyan en nuestra opinion, y por el contrario que toda nuestra desgracia consiste en la division. Todo esto habeis oido, todo lo teneis bien presente en doctos papeles públicos, en sabios manifiestos, en eloqüentes proclamas, en patéticas exhortaciones.

Ahora, recordándolas todas, os quiere hablar un amigo, sinceramente tal, deseoso de nuestro bien, amante del interes comun. Sus escasas luces á presencia de las de tanto sabio, se extinguen enteramente. Su limitacion de talentos, su pobreza de expresiones, su desapacible estilo, su pequeño discurso, deberian atarle la

lengua para sellar sus labios á eterno silencio; pero no podia enmudecer á los estímulos del honor, á los respetos de la obediencia, y á los sentimientos de su corazón. ¿Callaria á vista del fuego de la rivalidad? ¿Seria insensible á la representacion de los verdaderos y grandes males de la division, y de los verdaderos y grandes bienes de la fraternidad? ¿Con semblante sereno oiria aunque fuese de lejos el rumor de la desavenencia en sus hermanos, en sus paisanos, en sus amigos, en la tranquila México, en la fidelisima América? Escuchad por tanto sin atender al débil conducto por donde os habla la verdad, la religion, el patriotismo, la razon.

¿Que frenesí, ó delirio, que pestilente vapor: que negro humo ha cegado á algunos de nuestros conciudadanos y turbado la paz y tranquilidad que disfrutabamos, inspirando el pernicioso espíritu de division baxo el nombre de diferencia entre españoles americanos, y europeos españoles? Todos siempre felices porque tranquilos, y siempre tranquilos porque unidos, han dado al mundo exemplo de fidelidad tanto mas firme y constante quanto mas fuertes han sido los lazos de su amor y su lealtad. Felices, si, una y muchas veces si la union y fraternidad es la guia de sus operaciones. Infelices y desgraciados aquellos en quienes tuviere entrada el espíritu de division, partido y rivalidad. ¿Habrá quien dude que es vana ilusion, engaño y quimera esa imaginaria diferencia? Que zel accidente de tomar existencia en la antigua, ó nueva España, y el de conservar esa existencia en una ú otra puede tener influxo en el carácter de almas nobles, ó en la variacion de costumbres y conducta? Que zel